



Fraternidad Laicos Cavanis
Casa Sagrado Corazón, INSTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE

06.2024



Es singular que el primer domingo después de la solemnidad de Pentecostés esté dedicado al gran misterio de la Trinidad de Dios: es como si el don del Espíritu Santo (que Jesús había prometido) nos hubiera guiado a la verdad entera y nos condujera precisamente al corazón del misterio de Dios para iluminarlo. ¡Y no se trata de una abstracción teológica alejada de la realidad! porque si Dios es Trinidad, entonces es ante todo e íntimamente fuerza de relación. En esta perspectiva, el prefacio de la liturgia nos sugiere una clave de lectura diciendo: “con tu único Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor, no en la

unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola sustancia”. De la experiencia de Dios, a la que nos introduce el don del Espíritu Santo y de la que Cristo es mediador, el Padre es responsable. Y si Dios es Trinidad, es decir, circulación incesante de amor entre las tres personas, entonces en la base de su iniciativa de involucrarnos en este dinamismo propio de su plenitud, está la más total y absoluta gratuidad. Dios no es un rey que sin súbditos no puede decirse tal y ni siquiera un general que sin ejército ve su propio papel desprovisto de significado. Al contrario, la extraordinaria libertad de Dios parte de una iniciativa no condicionada por nada más que por el amor que une al Creador con su criatura, como lo revela otro prefacio del Tiempo Ordinario: “Tú no necesitas nuestra alabanza (...) nuestros

himnos de bendición no acrecientan tu gloria, sino que nos obtienen la gracia que nos salva”. Procediendo por analogía (la única manera de guiarnos a la comprensión de algo que nos sobrepasa) la Palabra de Dios sugiere pensar en la relación Padre/Hijo con una diferencia sustancial. En el plano de la naturaleza, somos hijos porque fuimos engendrados por nuestros padres y, por lo tanto, nuestra filiación es “inmediata”, en el sentido que prescinde de nuestra voluntad. En el plano de la gracia, en cambio, nuestra filiación es una “acogida”, porque es recibida como don ciertamente, pero acogida en la libertad. El Espíritu Santo es quien conduce la circulación del amor trinitario, pero somos nosotros quienes lo invocamos y lo acogemos como guía. Por eso san Pablo en la segunda lectura nos recuerda que “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios” y para ser verdaderamente hijos no es suficiente ser engendrados por el bautismo (LG 54), sino responder a la iniciativa de Dios con plena voluntad. El apóstol nos recuerda que el motor que impulsa toda relación a evolucionar y a crecer está constituido por la reciprocidad. Por lo tanto, el misterio de la Trinidad celebrado en la liturgia de hoy quiere conducirnos a una relación auténtica, profunda, consciente y correspondida. Movidos por esta premisa queremos mirar a nuestros venerables fundadores, P. Antonio y el P. Marcos Cavanis, quienes del rasgo de la paternidad han hecho un elemento constitutivo de su acción carismática: ¡juventutis vere parentes! Y este rasgo se ha traducido en un estilo de relación que ellos han querido que prevalezca en las obras de su apostolado: ser más padres que maestros. Encomendemos a su intercesión el camino de nuestra FLC para aprender a acoger dócilmente la guía del Espíritu sobre todo en las próximas elecciones que estamos próximos a realizar.



Evangelio Mt 28, 16-20

Del Evangelio según san Mateo

En aquel tiempo, los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Cuando lo vieron, se postraron, pero dudaron. Jesús se acercó y les dijo: «A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

La breve reflexión que les propongo no proviene de las fuentes Cavanis, sino del archivo de mi memoria.



Aproximadamente en el año escolar de 1963-64 o 1964-65; durante el mes de mayo, los estudiantes de la escuela primaria, éramos conducidos al oratorio por nuestro amado maestro el P. Diego Dogliani, y allí seguíamos, fascinados y atentos por el cautivador ejercicio de predicación confiado a los jóvenes clérigos que se entrenaban, aún durante la formación teológica y universitaria, en lo que luego sería su ministerio: la educación de los niños. Me ha quedado extraordinariamente impreso un relato que nos hizo, en una de estas ocasiones, el P. Diego Spadotto (¡entonces muy joven!) utilizando la técnica del *exemplum* para llevarnos a una conclusión edificante en el plano moral y espiritual.

Un malabarista muy hábil, capaz de los más extraordinarios juegos de habilidad, actuó un día en la corte del rey, en presencia de todos los dignatarios y del mismo monarca. Después de una serie de pruebas de destreza que le ganaron la simpatía de todos los presentes, anunció que quería realizar un ejercicio muy difícil para el que se había preparado desde hacía mucho tiempo. Después de pedir a uno de los presentes que sujetara entre el dedo índice y el pulgar de la mano derecha una aguja con el ojo hacia arriba, se dirigió al extremo opuesto del amplio salón en el que se estaba desarrollando su exhibición y sosteniendo en la mano un fino hilo de seda, corrió apresuradamente, atravesó todo el salón y, sin la menor vacilación, logró meter el hilo en el ojo de la aguja. La prueba fue largamente aplaudida y el rey mismo quiso preguntarle cómo pudo alcanzar tal nivel de habilidad. El malabarista respondió que había practicado de manera exclusiva y obstinada durante más de ocho horas al día, todos los días, durante más de veinte años. El Soberano, al oír la respuesta, ordenó a los guardias que llevaran al malabarista a la cárcel, comentando amargamente: “¡Esto es lo que se merece quien desperdicia un bien tan precioso como el tiempo que se nos da por algo tan inútil!”. No sé bien por qué ese relato me ha quedado tan grabado que lo he recordado perfectamente a más de sesenta años de distancia, pero es cierto que desde entonces me ha ayudado a pensar en la necesidad de bien emplear el tiempo que se nos ha dado para realizar cosas realmente grandes. La fecha, ya cercana, del próximo mes de julio, en la Casa Sacro Coure nos recuerda ese don extraordinario que la FLC ha sido para nosotros y para la Congregación y nos insta a emplear bien nuestro tiempo, nuestros recursos y nuestra sensibilidad para revitalizar su fuerza y para renovar su conciencia.